

mos caminando por los senderos de la historia o el ensayo de la mano de Márquez, entre la sobriedad barojiana y la luz intimista de Juan Ramón (onubense también, claro está).

Pero no ha de ser ni novela ni pura lírica lo que el lector ha de hallar en este libro, sino el fiel retrato de una realidad que, con sola su objetiva presencia, se erige en denuncia. En este

sentido, **Donde acaba Andalucía** viene a ser un continuo levantar la manta bajo la que duerme —anestesiado de "gracia", donaire y castañuela— todo un pueblo.

Podría, tal vez, temerse que, por reunir trabajos escritos en tiempo y espacio diferentes, el libro se resintiera por sus dos costados más esenciales: la unidad y la actualidad. Pues bien, hay que decir que llega a sorprender por ambos conceptos: la unidad le viene del hecho de tratar diversas facetas de un problema único, y la actualidad, del carácter quasi eterno que la ausencia de soluciones confiere a ese problema. Porque uno de sus datos esenciales es el de la duración: ¡todo parece hacerse secular en esta tierra! Por ejemplo, en 1977 se le dice a "un candidato por Huelva" que "habrá de enfrentarse a problemas (...) de transporte" y que, a este respecto, debe saber que "la supuesta carretera Huelva-Sevilla tenía hace unos años una intensidad de tráfico de mil quinientos camiones cisternas diarios, la mayoría de productos tóxicos". Pues bien, hace menos de un mes, el 13 de octubre pasado, leamos en la prensa diaria: "El tráfico por la carretera Madrid-Huelva estuvo cortado durante más de seis horas durante esta noche como consecuencia de un escape de amoníaco a la altura de la localidad de La Palma del Condado". Ya nos lo había advertido el autor: "Al releer ahora trabajos hechos desde hace doce años —dice en su introducción— hay una cosa que me sorprende, y es su vigencia. Esto, por desgracia, no es atribuible al mérito adivinatorio y profético del que los hizo, sino a la propia desgracia de nuestra Andalucía". Y poco más tarde, que Huelva tiene unos niveles de contaminación que están quince veces por encima de lo que es tolerable.

Es que, por haberlos padecido todos desde tiempo inmemorial, Andalucía tiene el triste honor de ser pionera de problemas bien modernos, hoy universales, como el de la ecología, cuyo simple planteo costó —como nos muestra este libro— el 4 de febrero del año 1888, en Río Tinto, más de cincuenta muertos, entre hombres, mujeres y niños.

Donde acaba Andalucía traza, entre lecciones de historia, ensayo, biografía y anécdota viva, la imagen de esta región —o nación, o nacionalidad, o lo que fuere— cuyo despertar definitivo esperamos todos por una de las razones más egoístas del mundo: nada seremos, y seguiremos perdiendo todos los trenes de la Historia, mientras este pueblo no disuelva en su sangre esa "anestesia" de guitarras, cantares, castañuelas, Marías Santísimas y olés, que ha ido reponiendo cuidadosamente, año tras

ADIOS A LAS LETRAS

La vida de Lorca

IAN Gibson, un irlandés con acento granadino, está de paso en Madrid, fumando un puro interminable que le sirve para contrarrestar la contaminación que habita esta ciudad irredenta y ocupada.

Como irlandés, Ian Gibson mantiene el sentido del humor que nace de la contemplación de la pobreza y de la incertidumbre. Un humor cáustico y tierno a la vez, una especie de halo que rodea su presencia y que le permite hablar únicamente con los ojos aunque esté silencioso y ausente, enfrascado en sus obsesiones más antiguas.

Describió con maestría la muerte de García Lorca. Disfrazado de profesor particular, halló en Granada testimonios fieles y desapasionados sobre el asesinato del poeta de Fuente-Vaqueros. El resultado de su investigación fue *La muerte de Lorca*, un libro que se ha traducido a numerosos idiomas, ha obtenido premios internacionales y reveló a Ian Gibson no sólo como un historiador excelente, sino como el escritor que es.

Ahora, Ian Gibson describe con pasión la vida de Federico García Lorca. Su casa está llena de documentos —sonoros, escritos— sobre la vida del poeta. El trabajo durará algún tiempo, porque el autor de *La muerte de Lorca* no tiene la prisa que otros ponen en marcha para hacer de la historia literaria un instrumento de negocio.

Sobre los ladrillos de su biblioteca, Ian Gibson apunta una única obsesión: contar la verdad, relatarla con la pasión que le confiere su espíritu irlandés, su conocimiento del tema y su disposición personal para entusiasmarse.

En el tratamiento de la figura de Federico García Lorca, Ian Gibson es un buen ejemplo

para los españoles que trataron —que tratan— de manipular al poeta muerto, utilizando manuscritos, textos de origen oscuro, con intenciones oscurecidas.

La reciente polémica entre Martínez Nadal, depositario de alguna de las obras de García Lorca, y un sobrino del poeta ilustra en nuestro país la dificultad que existe para llegar a entender de veras nuestra Historia.

El caso, sin embargo, no es general. Hay jóvenes investigadores hispanos que se están acercando a esa parcela concreta de nuestra historia literaria con sabiduría, paciencia y generosidad. Entre ellos se halla un espíritu abierto como el de Mario Hernández, que une a su conocimiento sobre el tema la capacidad para repartir ese conocimiento sin cicaterías.

La vida de Lorca descrita por Ian Gibson puede arrojar para siempre del patio hispano los fantasmas inventados sobre la existencia de un poeta al que todos han querido manipular de acuerdo con los intereses políticos de cada grupo. El apoliticismo de García Lorca saltará por los aires, porque Federico no era un ser apolítico. Será una biografía sana. Este país necesita muchas biografías sanas para poder vivir de nuevo con la alegría que Lorca guardó en su piano al morir.

Ian Gibson ya se ha ocupado de refrescar otras sombras de la Historia. En este caso, de la historia de Gran Bretaña. Su estudio, aún no publicado en España, sobre la manta inglesa del sadomasoquismo es un ejemplo lúcido de su capacidad para interpretar el pasado y trasladar al presente sus enseñanzas. En otro terreno totalmente diferente, lo que se espera es que su trabajo sobre García Lorca suponga un ejercicio de claridad parecido. ■ SILVESTRE CODAC.



García Lorca y su biógrafo —o mejor, tanatógrafo— Ian Gibson.